

# Los pilares de una nueva utopía. Por otra Colombia

*“Por tanto, sin la función utópica, las ideologías de clase sólo habrían sido capaces de crear un engaño transitorio, no los modelos en arte, ciencia y filosofía. Y es esta misma auténtica plusvalía lo que forma y preserva el sustrato de la herencia cultural [...] Toda cultura anterior es pre-aparición de algo alcanzado, en cuanto que se podría reconstruir en imágenes y pensamientos en las cumbres panorámicas del tiempo, y así no sólo en y para su tiempo”.*

Ernst Bloch, *La filosofía de la esperanza*<sup>1</sup>

## RESUMEN

Esta no es una reflexión sobre la utopía ni una ficción literaria de talante utópico. Es una utopía de verdad que traza las bases de un programa político nuevo con implicaciones económicas, sociales, culturales, demográficas, etc. para el futuro de Colombia. Es utópico en la medida en que descompone y renueva parámetros que el sistema actual mantiene como inamovibles, irrenunciables e innegociables. El autor, un sociólogo, sobre un cuadro de grises y negros concerniente al presente y al futuro *–coeteris paribus–* del país, hace doce propuestas que van desde el consumo selectivo de corte gandhiano hasta la negociación con concesiones territoriales a las guerrillas subversivas.

## ABSTRACT

*The Pillars of a New Utopia: For Another Colombia*

This is not a reflection on utopia nor a utopian literary fiction. It is a “real” utopia, that outlines a political program for Colombia, with economic, social, cultural, and demographic implications. The proposal is utopian to the extent that it breaks down and renews parameters that the current system maintains as immovable, undeniable and non-negotiable. The author, a sociologist, opens his proposal with a background –in rough strokes– of contemporary Colombia. A dismal prospect of the future is presented, with little hope for the so-called “development” of poor countries. Finally, the essay presents twelve proposals for all-encompassing reform, ranging from Gandhian selective consumption to the yielding of territory to the guerrilla.

## PALABRAS CLAVES:

Utopía, crítica al “Desarrollo”, soberanía, alternatividad, paz.

## INTRODUCCIÓN

La caída del socialismo al final del siglo xx ha renovado la pertinencia de la utopía. Para algunos el fin del socialismo es también el fin de la utopía<sup>2</sup>. Para otros, una utopía que sustituya la utopía en ruinas debería ocupar la mente del hombre actual. No obstante, pareciera que la primera actitud, la del rechazo, o mejor, la indiferencia reafirmada ante la producción ideal del futuro humano, es hoy preponderante. El presente, por lo demás, se revela tan abrumador, tan posesivo, tan codicioso, tan dominador, con la exhibición de fuerzas destructivas tan poderosas que no es la utopía sino la elemental resignación y la total pasividad los sentimientos y actitudes más generalizados. Y, sin embargo, manifestaciones dispersas de pensamiento utópico antes que utopías omnicomprendivas o centralizadas –como las llama un autor<sup>3</sup>– pueden hallarse como muestras de que la utopía no muere sino que adopta nuevas formas:

el diseño social ideal, la proyección contrafactual y la ‘des-lugaridad’ son todavía rasgos cruciales de la vida cultural contemporánea. La modestia del utopismo defendido aquí es consistente con la previsión de muy grandes cambios en las organizaciones, acuerdos e instituciones existentes [...]. Y las preocupaciones éticas que le subyacen –preocupaciones sobre la autonomía, la libertad y la justicia– no son insubstanciales, aun cuando estas preocupaciones éticas necesiten ser reconfiguradas y reubicadas institucionalmente en el contexto de las condiciones contemporáneas<sup>4</sup>.

### EL AUTOR:

Es un sociólogo, Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia (M.phil Cambridge University, MA Ohio University), que ha investigado y publicado extensamente sobre historia social de Colombia, sociología de la cultura y crítica social.

E-mail:  
churibec@yahoo.es

<sup>1</sup> La traducción es mía como será el caso de todas las citas que aquí aparecen y proceden de una fuente en inglés.

<sup>2</sup> L. Kolakowski, “The Death of Utopia reconsidered”, en *Modernity on Endless Trial*, Chicago, Chicago University Press, 1990.

<sup>3</sup> Véase Wayne Hudson, *The reform of Utopia*, Hants (Inglaterra), Ashgate Publishing Ltd., 2003.

<sup>4</sup> Wayne Hudson, *op cit.*, pág. 31.



Considerar al socialismo derivado de la Revolución de Octubre como una utopía plantea muchos problemas, empezando por la atribución de su paternidad. En todo caso, es cierto que Marx, primero, y el marxismo ortodoxo después no vieron la utopía con buenos ojos y, en general, despreciaron a los hacedores de utopías. Hay excepciones, sin embargo, pues una gran figura intelectual del siglo XX, que compartió con entusiasmo el pensamiento de Marx –nos referimos a Ernst Bloch– defendió con igual entereza la actitud utópica e hizo de la utopía una de sus más grandes preocupaciones<sup>5</sup>:

ningún otro gran filósofo o teórico social ha dedicado tanto tiempo y espacio al fenómeno de la Utopía como Ernst Bloch. No es exagerado llamarlo el filósofo de la Utopía. En el marxismo él rehabilitó la utopía como un concepto positivo, tras su casi declive terminal en el marxismo científicista de la Segunda Internacional: en tanto que, de un modo más amplio, él demostró la validez persistente del utopismo en la teoría social moderna<sup>6</sup>.

Sabemos que Marx convirtió a ciertos bien-intencionados proponentes de caminos distintos de organización social, económica y política en objeto de agria crítica y de escarnio público –tal era la intención de su irónico estilo– y acuñó para ellos el calificativo de “socialistas utópicos”. En ese saco destinado al basurero de la historia arrojó a estudiosos como P. Proudhon o Ch. Fourier y a filántropos como R. Owen, entre otros. La intención básica de Marx, subyacente a estos ataques, era que nadie lo confundiera a él con aquellos, sólo porque el propio Marx era partidario de un proyecto también “socialista” –aunque siempre será mejor hablar de su proyecto “comunista”, pues más vale la embrionaria teoría comunista de Marx que su equivalente socialista!– como sustituto del oprobioso sistema capitalista mundial.

Marx –hay que tenerlo claro hoy– probó ser un pobre exponente de un proyecto alternativo al capitalismo<sup>7</sup> –llámese “socialismo”, “dictadura del proletariado” o como se quiera–, pero Marx pervive en señero pedestal como el más lúcido e imbatible crítico de la alienación humana –y de la desigualdad, la indignidad, la miseria, la explotación y los crímenes, generalmente impunes– del modo capitalista de producción y de vida.

El fracaso del socialismo –que no es para nada el fracaso de la teoría marxista– ha tenido como efecto la retirada –más definitiva que estratégica– de las izquierdas intelectuales en el mundo y el brillo incontrastado –o casi– del pensamiento de derecha con un efecto adormecedor sobre las masas explotadas, sobre la juventud de nuestro tiempo y sobre el pensamiento creativo que busca la superación de la hegemonía burguesa bajo el monopolio del poder en una sola mano, en una sola potencia militar, económica, política y tecnológica en el mundo presente.

El peso aplastante de la hegemonía actual de las derechas –por punzante ironía de la historia– se ve incrementado de algún modo por la burla y la descalificación que Marx otorgó al trabajo de los utopistas. Aunque ya hemos señalado la pertinencia de la crítica marxista para el momento que vivimos, contra lo que tantos quisieran reconocer, no es una desgracia menor que lo que Marx confusamente legó como su positiva propuesta, su propia “utopía” –“científica”, la llamaba él– no tiene ya punta de roca de donde agarrarse o tabla de salvación alguna en el naufragio cataclísmico de los socialismos mundiales<sup>8</sup>.

No obstante, en medio de tantos hombros levantados, de tanta pasividad despectiva, de tanta deconstrucción arrogante, de tanta resignación derrotista, hora es de convocar a la creatividad y de incitar a soñar en un mañana distinto para que los amos de ahora no se crean tan seguros en la ficción confortable del “fin de la historia” y en reinados eternos sin retorno ni futuro y un solo presente inacabado. En una frase: *Lasciate ogni speranza voi che entrate*<sup>9</sup>.

Para contrarrestar ese dantesco destino, la nueva utopía habrá de guardar una compostura de medio camino entre lo probable y lo factible, respetando los logros obtenidos en el camino de la evolución social y política y con suficiente coraje para apartarse de objetivos que el sistema pretende inherentes a esas conquistas reales, pero que no son sino pretextos para la perpetuación de la opresión dentro del sistema mismo. El capitalismo, por ejemplo, ha contribuido de modo innegable a la realización y al ensalzamiento del individuo humano, ha completado el proceso de destrribalización que

<sup>5</sup> Ruth Levitas (“La esperanza educada: Ernst Bloch a propósito de la Utopía abstracta y concreta”, en Jaime Owen Daniel *et al.*, *Not yet. Reconsidering Ernst Bloch*, Londres, Verso, 1997) llama la atención sobre la importancia de una distinción hecha por Bloch entre Utopías Abstractas –mero fantasear– y Utopías Concretas –utopías controladas que pueden también ser llamadas Esperanza Ilustrada= *Docta Spes*–. Aquí aspiramos a que esta propuesta tenga algo de esa concreción ilustrada de la buena utopía.

<sup>6</sup> Vincent Geoghegan, *Ernst Bloch*, Londres, Routledge, 1996, pág. 144.

<sup>7</sup> Max Horkheimer se adelantó a decirlo en su libro *El Estado autoritario*: “La ciencia marxista constituye la crítica de la economía burguesa y no la exposición de la economía socialista”. Citado por Stefan Sullivan, *Marx for a Postcommunist Era. On Poverty, Corruption and Banality*, Nueva York, Routledge, 2002, pág. 22.

<sup>8</sup> El experimento soviético se fue a pique y hay ya poco que añadir a las palabras y a los silencios sobre el tema en los últimos quince años. La China post-maoísta es un caso de *Realpolitik* de talante estrictamente chino que desafía el encasillamiento en los esquemas occidentales, incluido el socialista, pero muchas cosas parecen indicar que su apertura al capitalismo es sencillamente desconcertante. Queda Cuba, un país socialista sin vacilaciones. La dignidad de esa opción y la altura humana paradigmática del socialismo cubano va en América Latina más allá de toda crítica sectaria o lastrada por la doble moral. Se puede estar en desacuerdo con muchos componentes de la política del régimen fidelista en Cuba –en teoría, para los que nos podemos dar el lujo de teorizar–, pero la dimensión humana de la opción política cubana no puede inspirar a los latinoamericanos honrados más que un profundo respeto.

<sup>9</sup> “Perded toda esperanza vosotros los que vais entrando”, epígrafe puesto en la puerta del infierno, según Dante.



a juicio de varios se inició en Occidente con la difusión del cristianismo<sup>10</sup> y que responde al deseo kierkegaardiano de hacer del hombre un individuo y no un espécimen<sup>11</sup>. Eso, que yo considero una conquista, y que los socialismos reales han escamoteado en gran medida, no quita ni disminuye en un ápice la realidad y la conciencia de la explotación, de la alienación, de la opresión y del engaño bajo el capitalismo. La nueva utopía tendrá que avanzar por un camino medio entre el coraje y la irresponsabilidad. Tendrá costos como todo lo que vale la pena en la vida, pero también propuestas que mejoren la suerte del colombiano de hoy y que le hablen a él, es decir, textos y propuestas en los que él se sienta representado, no simples imposiciones. Debe hablar entonces en lenguaje común, debe hacer posible el diálogo en contraste con el lenguaje monológico de los proyectos "armados" (bélicos) del presente, que inspirados antes en honrados ideales acabaron sacrificando los fines a la dictadura de los medios que una vez se eligieron y que, después de cuarenta años, no ofrecen resultados efectivos ni viables y perdieron con el tiempo el sustento popular voluntario de las mayorías.

Por supuesto, lo que aquí aparece es sólo un comienzo, esbozos de un cuadro por pintar, y, ojalá, una invitación a refinar el instrumento que de ahora en adelante ha de juzgarse válido. Utopizar es una tarea necesaria, previa al actuar. Aunque no sepamos con certeza, ni mucho menos que eso, el resultado final de las verdaderas acciones transformativas, las utopías deberían ser un reto que vale la pena tomar.

La utopía se escribe en futuro. Pero su base, lo que conviene reformar, es el presente. ¿Qué presente es este?

#### UN PRESENTE CRÍTICO:

Si estamos listos a admitir que Colombia está en crisis (etiqueta que recuerda un apunte de Borges sobre alguno de sus héroes literarios de quien dice: "Le tocó –como a todos los hombres! – vivir en tiempos difíciles", ¡una elocuente charada!) propongo que entendamos que esta crisis menos que del país es la de un Modelo perverso que nos ha engañado durante un ya largo número de años y que en este punto no puede ocultar su crueldad ni su identidad. La piel

de oveja, el disfraz con el que se cubría ha roto sus costuras y por entre ellas han surgido las orejas, las fauces y el corpachón del lobo.

Se ha querido meter a Colombia en la saga ficticia del Desarrollo con esquemas externos orquestados por agentes criollos y foráneos, con la idea de que el país se enriquecerá y el pueblo mejorará sus condiciones de vida gracias a ese modelo. Al despuntar del siglo XXI es evidente que la credibilidad de esta afirmación hace agua por muchas partes. El presente es gris y el futuro, a juzgar por varios signos, resulta incierto. Cuando nuestros indios fueron esclavizados y oprimidos por el yugo español, el suelo, a pesar de la expoliación del oro y otros productos de una economía primariamente extractiva, permaneció rico y ubérrimo y enorme su diversidad de flora, fauna y recursos. Hoy no es así. Cuando en el siglo XIX Colombia era una nación de campesinos y siervos, la supervivencia era mucho menos demandante y angustiada que hoy, aunque la opresión económica y social afectara igualmente entonces como ahora a la mayoría de la población. Puede decirse que la vida pastoril en una Colombia altamente rural exhibía una calidad que ahora muchos añorarían para los marginales urbanos. Hay un trecho de degradación entre la antigua pobreza campesina con todas sus carencias y la indigencia arrasadora y literalmente des-naturalizada de nuestro tiempo. Hoy ya desgraciadamente no sabemos cuánto vale el consuelo de la naturaleza para el animal humano ni cuánto nos enseñan, en la tarea de armonizarse con el entorno para no perecer, las especies vivas de la naturaleza que aún comparten la tierra del planeta, felizmente ignorantes del desafuero civilizante de nuestros días. La ancestral Violencia colombiana de la segunda mitad del siglo XX, ingrediente universal del "avance" capitalista –desde las quejas de Tomás Moro en su *Utopía* hasta el despojo de los indios en las grandes planicies y valles de la móvil frontera norteamericana–, esa Violencia trajo en su alijo a Colombia un reacomodo de las gentes entre el campo y la ciudad con sus luces y sus alucinaciones, que dieron pábulo a nuestros padres para prever un futuro mejor para sus hijos y sus nietos. El presente de estos nietos, de nosotros, sin embargo, acosados por la chatarra de la tecnología desechable no se corresponde infortunadamente con los sueños esperanzados de nuestros abuelos.



<sup>10</sup> Véase Talcott Parsons, *El sistema de las sociedades modernas*, 1971.

<sup>11</sup> Era esta la pelea de Kierkegaard con Hegel. El hombre en Hegel es sólo una muestra de la realización de la Conciencia o del Espíritu absoluto en el mundo y un mero componente accidental del Estado como forma evolutiva del mismo Espíritu absoluto. Véase Charles Guignon (comp.), *The Existentialists*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 2004.

La nueva forma desbocada –y claramente inútil para tantos– del capitalismo, el llamado neoliberalismo, “parece” ser también la última. Tan demoledora ha resultado. Probablemente, como sabemos, no será la última cara del sistema y muchas deformidades nos esperan.

Los datos se revelan contundentes<sup>12</sup>: el ingreso de los colombianos ha venido descendiendo en los últimos diez años y el país ha venido perdiendo puestos en el escalafón de los índices de Desarrollo Humano, Ingreso Económico y Calidad de Vida. Sólo una séptima parte de nuestra población hace parte del mercado –es decir, 6 millones–, los demás están por fuera y ni compran ni venden. Hasta la fuerza de trabajo dejó de ser una mercancía, ¡quién lo creyera!, pues el 61% de la fuerza laboral se debate en la informalidad, es decir, su empleo es una ilusión de madrugada. El 60 por ciento de la población –en un cálculo tímido– vive bajo la línea de pobreza<sup>13</sup>. 12 millones de colombianos no viven, y acaso peor: tampoco mueren: apenas indignamente sobreviven: son indigentes<sup>14</sup>. El 1% de los propietarios de tierra en Colombia son dueños de más de la mitad del territorio. Nadie consigue hoy un empleo sin el triste título de bachiller y sólo el 25 por ciento de la población lo posee, pero es claro que ese descaecido papel no garantiza nada. 1.500 colombianos ricos se alzan con el 75 por ciento de los créditos disponibles para crear industrias, empresas, capitales o meros consumos, y lo que queda se reparte en “chichiguas” entre los pobres, clasificados anacrónicamente como Clase Media, un puñado de nacionales que sobreaguan en el mar infausto de los pobres inclasificables o “desclasados”, como antes decíamos. Por fortuna no todas nuestras desgracias son conscientes, de algunas no tenemos idea en nuestra vida diaria: el endeudamiento del país pasó de 15% en 1991 a bordear el 50 por ciento. Y la deuda interna, es decir la parte de la mesa de capital de crédito disponible para los aspirantes a capitalistas novicios o reincidentes que se lleva el gobierno pasó de 4% en 1991 a 25 por ciento en el último año, es decir, que cada vez hay menos dinero hasta para los pocos privilegiados. La saña del capital, no obstante, es retorcida, pues el “80% de los recursos de crédito se han destinado al pago de servicio de deuda en los últimos años”<sup>15</sup>. Para que quede claro: todo lo que se presta, o casi, no es para el pregonado “Desarrollo” capitalista, sino para pagar la deuda de un desarrollo que nunca vino, como ocurría con la esclavitud por deudas de los tiempos de César.

En realidad, el colombiano común no requiere de tantos datos técnicos para hacerse consciente de la situación. El colombiano

no común es pobre, mucho más pobre que el hombre de las academias capaz de asimilar la información que antecede.

## ¿DESARROLLO?

Pero para mayor abundancia los datos bien pueden confirmar la percepción sensorial de la existencia en nuestras ciudades sumada a la guerra territorial, no por irregular menos constante y asoladora en los campos del país. Preguntémosnos con honestidad: ¿es Colombia realmente una economía “en vía” de desarrollo? Llevamos casi 50 años de implementación de las teorías desarrollistas y los países de América Latina no ven sus frutos y en casi todos los países, con una o dos excepciones –que están por lo demás muy lejos de la meta<sup>16</sup>–, lo que tenemos es una marcha atrás. Como algunos lo han mostrado<sup>17</sup>, los centros del poder han empezado a hablar de “países inviiables” al tiempo que se proclama el fin de los Estados Nacionales –con mayor o menor ligereza– como un efecto ‘natural’ del ‘Progreso’ bajo el estandarte de la Globalización. Se empieza a perder la esperanza respecto de ciertas zonas del planeta en lo que atañe a los ideales de superación de la pobreza extrema de cada vez mayores volúmenes de población y sobre esas áreas empieza a gravitar el fantasma de una nueva colonización, bajo fachada administrativa, es decir que se ha comenzado a pensar en que ciertos Estados Nacionales con soberanía sobre algunas parcelas del planeta parecen incapaces de cumplir la función que una administración global “ideal” debería darles. El efecto es una puerta abierta a la justificación de las intervenciones de los grandes poderes en hipotético “beneficio de la humanidad”, con la creencia recientemente impuesta de que la soberanía es un concepto caduco o reconvertible a una supuesta nueva realidad geopolítica: un solo poder mundial. La selva amazónica, por ejemplo, es un caso sintomático de este tipo de pensamiento. También, de hecho, las regiones ricas en recursos estratégicos como el petróleo, satanizadas y atacadas bajo pretextos insostenibles.

La doctrina económica del Desarrollo es, como se dijo antes, una verdadera frustración. Con la excepción –aun ella misma discutible– de los países del Sureste Asiático, ningún país pobre del mundo logró “desarrollarse” verdaderamente durante el siglo XX hasta alcanzar el estatus de las economías desarrolladas, como acabaron de constituirse en la Segunda Posguerra. Tenemos que empezar por reconocerlo. No hay “desarrollo” posible del lado de acá. Tumbamos la casa y no hallamos la guaca. El problema –iya es hora de reconocerlo!– es el Modelo. Tenemos que cambiar de

<sup>12</sup> Una base de estos datos estadísticos se encuentra en el documento de Carlos Ossa Escobar [Ex contralor General de la República] y Luis Jorge Garay Salamanca, *Colombia entre la exclusión y el desarrollo*, Bogotá, Contraloría General de la República, julio de 2002. Hemos intentado actualizar algunos de los datos con información proveniente de otras fuentes, incluidos artículos de prensa, pero las tendencias señaladas en el trabajo de Garay no se han corregido en los últimos dos años, por el contrario tienden a empeorarse.

<sup>13</sup> El editorial del periódico *El Tiempo* de agosto 22 de 2004 presenta datos divergentes, pero igualmente alarmantes. Dice que Planeación considera que el 53.2% vive bajo la línea de pobreza, en tanto que la Contraloría General dice que es el 64%.

<sup>14</sup> La anterior fuente estima el número de indigentes en el 30% de la población.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pág. LXVII.

<sup>16</sup> Chile, por ejemplo.

<sup>17</sup> El peruano Oswaldo de Rivero, *El mito del Desarrollo. Los países inviiables en el siglo XXI*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1998].

modelo y siendo desesperada la situación, radical debe ser el propósito y nuevo el camino. Los ideólogos, desde posiciones y ángulos distintos hablan del “fin de las ideologías”, del “fin de la Historia”, del fin de los “metarrelatos”, del regreso al huevo o de la imposibilidad de ir más lejos por caminos distintos. Esas quizá sean las falsas hijuelas del testamento del Progreso, el destino fáustico de la épica devastadora del capitalismo salvaje.

#### UN FUTURO NO PROMISORIO:

En la visión, o previsión del futuro, el crecimiento de la población es una primera preocupación. Cuando los expertos de los centros del poder mundial hablan, lo hacen en general para el público de sus propios países y con el objeto de satisfacer las expectativas de los habitantes de ese mismo origen. Además, cuando sus predicciones cubren el espectro global, lo que pertenece a la región o zona que a nosotros nos interesa no es atendido o queda envuelto en una generalidad poco instructiva. Uno de estos expertos<sup>18</sup> ha dicho recientemente: “Para el próximo cuarto a medio siglo, se pueden hacer con buena confianza cuatro afirmaciones sobre el futuro de la población mundial: primero, la población será más grande que la actual; segundo, la población crecerá menos rápido absoluta y relativamente de lo que hasta ahora lo ha hecho; tercero, la población será más urbana que hasta ahora; cuarto, la población será más vieja de lo que actualmente es”<sup>19</sup>.

Una estadística estimativa actualizada para Colombia –hasta donde cualquier estadístico resulta creíble!– informa que la población de Colombia para el 2004 es de cerca de 42 millones y medio, y la tasa de crecimiento poblacional es de 1.53%<sup>20</sup>. A esa tasa, en el 2015 –o aun antes–, seríamos alrededor de 51 millones de colombianos. Se dice que la urbanización reduce la tasa de crecimiento poblacional y la Colombia del 2015 será ciertamente un país densamente urbanizado con ciudades como Bogotá casi, o totalmente, reventadas por el apiñamiento poblacional. Pero la urbanización debería resultar –según la teoría– en un ámbito favorable al decrecimiento poblacional. Esto es cierto sólo si median las circunstancias concomitantes de mayor educación y mejoras reales en la calidad de vida. La tasa de crecimiento urbano en Colombia y la presente situación socioeconómica del país –grave en muchos sentidos– no permiten prever conductas adecuadas a un buen desempeño demográfico. Es decir, que una Colombia con 50 millones de habitantes y un estado de pobreza en la proporción que ahora ex-

hibe no augura las mejores perspectivas. Nadie, o casi nadie, se preocupa en Colombia por las características del fenómeno poblacional que tenemos, ni por el crecimiento desbordado de nuestras grandes ciudades, como si ellas no constituyeran una preocupación digna de ser atendida ya.

El empleo es otro escenario con un bajo prospecto. Si el Modelo que nos rige de momento continúa en vigencia, como muchas cosas parecen indicarlo, entonces la esperanza para el mundo atrasado, los países pobres, a esta altura es más bien precaria<sup>21</sup>. Como sabemos, la revolución tecnológica con sus arandelas de Reingeniería y Pequeñas Unidades Productivas superespecializadas, no crea puestos de trabajo sino que los elimina. El capitalismo avanza –isi esto es un avance!– hacia la automatización y la tecnología virtual, lo que implica desocupación de mano de obra, más desempleo. En Colombia las reformas pertinentes a la desregulación de la contratación laboral no han conducido a la creación de empleos, como se pregona, sino a una reducción de gastos en el empleo de fuerza de trabajo en las empresas, lo que probablemente ha aliviado los balances de estas últimas respecto de la financiación de sus deudas, pero en ningún caso la situación de los ciudadanos comunes. El desempleo se transforma en el mejor de los casos en subempleo, es decir en un empeoramiento de las condiciones laborales y del nivel de vida de antiguos empleados despedidos, y ese desempleo cumple, entre otras, la triste función de maquillar las estadísticas oficiales que así no reflejan la verdad del problema. Mas allá de los ciclos de alza y baja estacionaria o coyuntural del empleo, la gran tendencia es, no sólo en Colombia sino en el mundo, al masivo desempleo y a la general “brasileñización” de la vida laboral de los ciudadanos del Primer Mundo, como el sociólogo alemán Ulrich Beck lo ha mostrado<sup>22</sup> últimamente. Si economías de punta como la norteamericana pueden reversar de algún modo algunas de las tendencias, no será tal la suerte de los países pobres donde vivirá a mediados de siglo el 85% de la población mundial<sup>23</sup> y donde la educación no avanza en ningún caso al paso del crecimiento poblacional ni de las demandas de una nueva producción basada cada vez más en conocimiento especializado y tecnología de la información –IT: *Information Technology*–. Todos los analistas prevén que el empleo en manufactura disminuirá en el futuro, de suerte que la Maquila (trabajo muy barato intensivo en mano de obra contratado mediante *outsourcing* por las multinacionales en países pobres), una esperanza consoladora en economías

<sup>18</sup> Joel Cohen, “The Future of Population”, en Richard N. Cooper *et al.*, *What the Future Lodz*, Cambridge, Mass., the Mit Press, 2002.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pág. 59.

<sup>20</sup> Véase [www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/co.html](http://www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/co.html).

<sup>21</sup> Richard B. Freeman (“The World of Work in the New Millenium”, en Richard N. Cooper *et al.*, *op. cit.*) es más optimista de lo que uno podría figurar, pero su enfoque está dirigido primariamente a los Estados Unidos y el mundo desarrollado. Sin embargo, varias de sus previsiones son globales.

<sup>22</sup> Ulrich Beck, *Un nuevo mundo feliz*. En este texto Beck entiende por ‘brasileñización’ del empleo la generalización del empleo precario en todo el mundo incluyendo el mundo desarrollado. Según su prospecto, alrededor del año 2010 la mitad de la fuerza de trabajo empleada en Alemania estará ‘brasileñizada’, término que él usa para decir que tendrá contratos temporales de trabajo. Para obtener un salario adecuado necesitará –ya es así en Alemania– más de un empleo. La seguridad social del trabajador se verá igualmente disminuida o puesta en abierto riesgo.

<sup>23</sup> R. Freeman, *op. cit.*, pág. 167.



ahogadas u olvidadas y con mucha población cesante, no será una solución empleacional. Mucho del empleo nuevo en todas partes, sin embargo, tendrá que ver precisamente con el *outsourcing*. El *outsourcing* suele estar relacionado con empresas pequeñas, contratos temporales, escasa seguridad laboral y autofinanciamiento de la misma y por todo lo que se ve, un aumento del uso de los recursos virtuales e informáticos del que explosivas poblaciones marginales difícilmente podrán gozar. Los países pobres tienen el récord de ser exportadores de materias primas, productos de la industria extractiva y –para los mejor dotados– manufacturera. La tendencia mundial de punta es a la reducción del volumen de materias primas no procesadas gracias a la aplicación de tecnología avanzada. “Hoy [año 2000] –dice un estudioso– el Japón consume por cada unidad de producción industrial 40% de materias primas menos que lo que consumía en 1973”<sup>24</sup>. “En la medida en que aprendemos a manipular la materia al nivel de los átomos –afirma otro autor– las posibilidades de crear nuevos materiales, curar enfermedades, producir los bienes que se nos antojen –maná del cielo, oro a partir del hierro y así sucesivamente– serán inmensas”<sup>25</sup>. El descubrimiento de nuevas formas de energía como la fusión en frío, la fisión nuclear, los superconductores, la nanotecnología (manipulación del átomo), la biotecnología, en fin, conspiran contra el buen desempeño futuro de los países atrasados. Para países como Colombia, un consuelo podría proceder, sin embargo, de la predicción de que en los próximos veinte años –para algunos ocurrirá antes– el agotamiento del petróleo habría de conducir a la necesidad de reconvertir a gas o a carbón máquinas hasta ahora operadas con petróleo (así toda la industria automotriz), sobre todo en la previsión de que grandes países como China y la India, al continuar su industrialización, estarán demandando una buena tajada del pastel petrolero y un apreciable volumen de alimentos del resto del mundo. Pero estas previsiones consoladoras no pueden constituirse en salvamento si todo lo demás no funciona y más que todo si la cruel obstinación sobre un Modelo deletéreo nos paraliza, como hasta ahora ha ocurrido.

## PILARES DE UNA NUEVA UTOPIA

1.

Al ser la Globalización<sup>26</sup> la más clara pretensión sistémica del capitalismo en el momento actual y resultar de ella el velado asalto a las soberanías nacionales de los Estados inferiores –los que no son potencias ni económicas ni políticas, ni tecnológicas, ni militares<sup>27</sup> y en especial los países pobres del Tercer Mundo– el primer punto, la primera tarea de un programa como este que se proyecte como meta abierta a los desafíos de la Utopía será –frente al asalto “globalizador”– la reafirmación de la soberanía. Nos oponemos sin vacilación a los designios colonizadores vengan de donde vengan y exprese por los modos que pretendan expresarse: económicos, culturales, políticos, militares, etc. Proclamamos la vuelta a nuestra propia identidad, a nuestros propios modos de ser, de pensar, de actuar, de entender la vida. Para lo cual reivindicamos, en primer lugar, el territorio. En el estadio actual de la evolución social un valor estratégico es el espacio planetario, el territorio en el sentido geopolítico y la tierra en el sentido económico-social<sup>28</sup>. El fin de la soberanía y del Estado Nacional es otra añagaza del sistema para absorber sin escrúpulos la totalidad del planeta y en primer lugar sus parcelas estratégicas en cualquier sentido. La recuperación de la soberanía nacional es el estadio necesario inmediato que debe preceder a la búsqueda de la unión estratégica de los amigos y hermanos contra el enemigo común.

Una de las grandes desigualdades de la globalización es que esta es invocada exclusivamente para los bienes en el sentido de: fronteras abiertas para las mercancías de todo tipo y desmantelamiento de aranceles, impuestos de importación, subsidios y toda clase de protecciones contra el llamado “libre” mercado. Aparte de que los países ricos nunca han dejado de proteger su propia economía y siguen prodigando subsidios a granel para sus productos en proporciones que suscitan escándalo<sup>29</sup>, es evidente que los países ricos tienen por definición más y mejores bienes en su arsenal que los países pobres. Así que la “apertura” del mercado de los bienes resulta leonina a favor de los ricos y en detrimento de los pobres. Pero la exclusión se manifiesta no sólo en este punto sino de manera flagrante en el control de la mo-

<sup>24</sup> Oswaldo de Rivero, *op. cit.*, págs. 130-131.

<sup>25</sup> R. Freeman, *op. cit.*, pág. 176.

<sup>26</sup> La globalización es un proceso de gran ambigüedad que alude tanto a los procesos parsonsianos de inclusión, gradación adaptativa y generalización de valores de la evolución social (Véase T. Parsons, *El sistema de las sociedades modernas*) aplicado a las unidades territoriales de los Estados Nacionales y de los mercados nacionales, como a la renombración simple del proyecto imperialista de las grandes potencias capitalistas. La globalización en el primer sentido aquí anotado puede retrotraerse tan lejos como al Edicto del emperador romano Caracala, emitido en el año 212 de la era cristiana, edicto por el cual se extendió la ciudadanía romana a todos los habitantes de las colonias del Imperio.

<sup>27</sup> Clark C. Abt (*The Future of Energy from the Perspective of the Social Sciences*), en R. Cooper y R. Layard, *op. cit.*, págs. 77-122) estima que son cinco los grandes Estados del mundo bajo la calificación de potencias: Estados Unidos, una potencia económica, política, tecnológica y militar; Europa, una potencia económica, política, tecnológica; Japón, potencia económica y tecnológica; y China, potencia política en vía de ser potencia económica. Es evidente que no es la soberanía de las potencias la que está en entredicho. Esa, por el contrario, goza de total salud. ¡Algo que parecen olvidar los alegres críticos de lo que ellos llaman la “vieja” concepción de soberanía!

<sup>28</sup> Para salirle al paso a la insidiosa crítica: ¡no se trata, no, de un programa fisiocrático! En el estadio actual de la evolución histórica del capitalismo a la vista de los problemas demográficos, de escaseces energéticas, de desestabilización de los ciclos de recuperación de los recursos planetarios, de la contaminación ambiental, en fin, la tierra en sí misma, el espacio territorial se convierte en un valor estratégico. Colombia es un país ahora privilegiado en ese sentido. Hay que concientizarse de lo que tenemos antes de que se escape de nuestras manos.

<sup>29</sup> Un informe de la Asociación Nacional para la Salvación Agropecuaria de 19-08-04 titulado “Se perdió el encanto y llegamos a la cruel realidad”, anota que “en siete años de la década pasada Estados Unidos bajó el precio del arroz un 51% e incrementó los subsidios en un 281%... por cada dólar que invierte un agricultor gringo el Estado le regala otro”(1!).

vilidad humana, en las interdicciones inmigratorias, en los obstáculos al libre mercado de la fuerza de trabajo. Es de preverse que frente al incremento poblacional del futuro<sup>30</sup>, que tiene en los pobres su casi exclusiva fuente, las restricciones a la inmigración por parte de los países ricos se harán mucho más drásticas. No hay ciudadano europeo que no se queje ya hoy de la invasión de extranjeros tercermundistas a las ciudades y países de Europa. En los Estados Unidos Samuel Huntington ha prestado la voz a un sentir generalizado de los blancos norteamericanos<sup>31</sup>. Su idea es que la proliferación de negros e hispanos acabará cambiando el carácter de la "civilización norteamericana".

No se trata aquí de cerrarse ni de abrirse *a priori* o dogmáticamente. Se trata de no plegarse a los dogmas neoliberales como se expresan en el Consenso de Washington [1990]: privatización de bienes públicos, desregulación y liberalización del mercado de bienes, Estado pequeño a cambio de regulación completa por el mercado, con el efecto perverso de la pérdida de la capacidad de autogestión y autodeterminación, es decir, de la soberanía. Reafirmar la soberanía nacional no es entonces negarse a tratar con el resto del mundo, aunque la retaliación del Gran Hermano consista en la hambruna de capitales –si bien ya al presente la transferencia de capital al Tercer Mundo es mezquina y en trance de empeorar<sup>32</sup>– y se exprese en un cierre retaliativo impuesto desde arriba cuando no en abierto bloqueo, ídem que ya hay ilustres casos! El poder del enemigo depende de la fuerza de sus oponentes. Cuando el actual modelo agote las existencias y reservas –y este proceso está infortunadamente en marcha– las soluciones de la utopía, vistas en principio como temerarias se convertirán en necesarias. Si bien, no conviene confundir la utopía con el robinsonismo y no hay por qué pensarse a sí mismo como un naufrago o un héroe solitario en una isla desierta. Porque la persuasión de los hermanos, vecinos y amigos para luchar unidos por un mismo objetivo liberador es imperativa.

## 2.

En efecto, el complemento de la afirmación de la soberanía en el prospecto utópico es la búsqueda de la solidaridad. Y hay en el acervo histórico de nuestra región un hito magnífico que conviene, es urgente rescatar. Tal es la reunificación de la patria bolivariana en perspectiva y del proyecto Gran-colombiano en el horizonte más próximo. Colombia, Venezuela y Ecuador deben reunirse en un solo conglomerado y el ideal bolivariano –que, ¡para evitar suspicacias! no tiene dueño– está en mora de convertir-

se en un propósito verdadero, sincero y efectivo de reunificación.

## 3.

La "utopía" socialista en los sentidos que Marx encontró, enfrentó y criticó, a saber, comunismo primitivo, cristiano, feudal, pequeñoburgués, etc., fue derrotada por la fuerza arrolladora del capitalismo, como el propio Marx lo hizo ver. La, por otra parte, mal formulada propuesta socialista de Marx, su nada más que ocasional alusión a estadios como la "dictadura del proletariado"<sup>33</sup>, su idea verdadera de que esta "dictadura" no habría de ser más que un estado transitorio para tiempos de guerra, como la concebían los romanos –y el propio Bolívar, por ejemplo–, la supeditación hecha por Marx de la "dictadura proletaria" a circunstancias históricas específicas siempre relativas, lo que precluye su implementación como paso supuestamente necesario y absoluto en la revolución proletaria y, quizá, sobre todo, el fracaso histórico del socialismo real previenen al pensamiento utópico presente de recaer en inviables e inconvenientes repeticiones de los experimentos –hechos en nombre de Marx– del socialismo en el siglo xx<sup>34</sup>. El mercado –que el capitalismo ha llevado a vicioso resultado– es, sin embargo, un momento de desarrollo positivo de la evolución social. Provee mayor eficiencia en el intercambio, universaliza o despersonaliza la transacción, asigna con eficiencia recursos en la producción y la conecta también más eficientemente con la demanda. Pero el mercado no es ni ha sido nunca perfecto ni sagrado ni inofensivo ni exento de vicios y monstruosas inequidades, como el mercantilismo neoliberal de nuestro tiempo lo pregona. El mercado requiere ser controlado por el hombre a cambio de que él controle al hombre y lo esclavice o se convierta en el principal instrumento de la explotación humana. Proponemos una economía que use creativamente el instrumento del mercado al que estamos habituados cultural e históricamente. Pero, en contra de los ideólogos del capital central e imperial, no tenemos por qué seguir el dogma de sus cartillas sino crear un nuevo instrumento y ser dueños del mismo. Así, proponemos usar el mecanismo del mercado y de los precios en una economía con necesarias restricciones dictadas por consideraciones de valor, éticas, en la que el hombre debe ser servido y todos sus derechos respetados, incluido el derecho a la diferencia. Para que esto sea efectivo debe haber techos, límites máximos para el enriquecimiento así como umbrales de posesión mínima. Concretamente, nadie podrá tener un patrimonio doméstico de disfrute superior a 250.000 dólares ni una renta anual superior a

<sup>30</sup> Véanse las consideraciones sobre el tema desarrolladas más arriba en este ensayo.

<sup>31</sup> Véase Samuel Huntington, *Who are we? American National Identity and the Challenges it Faces*, 2004.

<sup>32</sup> De Rivero dice: "obtener inversión extranjera productiva es muy difícil debido a que la economía global es más especulativa que productiva... más del 70% de la inversión transnacional productiva se concentra en los propios países industrializados" *op. cit.*, págs. 116-117.

<sup>33</sup> K. Marx, *Crítica al Programa de Gotha*: "Corresponde también a este [período de transformación revolucionaria] un período de transición política en que el Estado sólo puede ser la Dictadura revolucionaria del Proletariado". Marx se refiere también someramente a este período, sin entrar en detalles, al hablar de la Comuna de París de 1871 y de los conflictos europeos de 1848. En todo caso una transición no puede convertirse en un estadio del desarrollo o una era histórica como ha ocurrido con los 'estados de sitio' en ciertos países latinoamericanos.

<sup>34</sup> Hemos observado antes que la utopía "comunista" de Marx, como se insinúa en *La ideología alemana* –y téngase en cuenta que en todo esto Marx nunca hizo desarrollos auténticos o "científicos", como él gustaba decir–, es mucho más inspirada que sus ocasionales apuntes socialistas. ¿Será necesario repetirlo? Marx es el más grande –y vigente– crítico del capitalismo. Ese es su legado. Su teoría del socialismo, si eso existe, es altamente precaria.



40.000 dólares<sup>35</sup>. Y el patrimonio de trabajo o de empresa se estimará en consonancia con el cálculo de la renta anual que genere, que no podrá exceder los 40.000 dólares previamente establecidos. La libre empresa es autorizada bajo esas condiciones. Las muchas empresas que necesitan inversiones superiores a esos topes patrimoniales o de inversión requerirán de una administración no particular sino cooperativa o estatal, de suerte que ningún ciudadano exceda personalmente los techos de riqueza previstos.

4.

El empleo digno es un imperativo. Para dar paso al empleo digno la producción nacional debe ser no sólo estimulada sino claramente preferida al mercado foráneo. El período económico de desarrollo conocido como “sustitución de importaciones” no ha terminado. Quizá apenas comienza. La industria nacional debe ser protegida sin vacilación y con total devoción. La etapa de la globalización o del mercado global –que no tiene por qué ser rechazada como principio, pues corresponde al auténtico valor de crear una sola humanidad en un solo mundo– estará, sin embargo, supeditada a la creación de bienes que satisfagan, por una parte, las necesidades individuales básicas de toda la población, y, por otra parte, el empleo digno de la misma.

5.

No puede haber producción nacional sin consumo nacional. Se impulsará la cultura del consumo de lo nuestro. Por tanto, el modelo “consumista” de inspiración global capitalista, claramente imperialista, debe ser subvertido y sustituido por otro modelo de consumo autóctono. El vestir, los patrones de alimentación, de transporte, de vivienda deben ser replanteados y acaso dar inicialmente un paso atrás –si así puede decirse, pues muy pronto será un

avance– en el propósito de recobrar un estilo de vida en armonía con nuestro entorno natural y los recursos de nuestra propia riqueza autóctona. Se estimularán estilos de vida distintos de los que el patrón consumista del siglo XX ha despertado alienantemente en la mayoría de la población. Estos estilos por fuerza acabarán siendo más igualitarios, pero habrán también de dar paso a la creatividad humana para estimular la diversidad de la personalidad y no negarán en absoluto el derecho a la expresión multiforme del ser. Sólo alejarán esa diversidad de la viciosa, excesiva, pretenciosa, superficial e irrespetuosa expresión del patrón consumista actual determinado por el vano prestigio y el “consumo conspicuo”<sup>36</sup> de lo suntuario, antes que por el sano criterio de la provisión de lo necesario.

Existen antecedentes históricos muy concretos y atendibles a este respecto: la China de Mao –hasta hace muy poco– ha vestido a la quinta parte de la humanidad durante más de medio siglo sin necesidad de recurrir a Coco Chanel o a Gino Germani. Las nuevas ideologías alternativas que exaltan, con talante orientalista, el tema de la armonía con la naturaleza ofrecerán una inspiración en este punto, sin pretender convertir en dogma las diversas alternativas posibles a la arrasadora alienación consumista. Determinación de cambio y creatividad es lo que se requiere.

Y muy pertinente a este respecto es el antecedente del movimiento de Gandhi durante la primera mitad del siglo XX en la India, agobiada por la mano de hierro del imperialismo británico. Uno de los puntos del programa gandhiano<sup>37</sup> –recordémoslo– era circunscribirse en el vestir al uso del *khadi* –el tejido autóctono de la India– para lo cual Gandhi recuperó la máquina, también autóctona, india de hilar: el *takli*. Otro recurso gandhiano fue la política de Desobediencia Civil y un instrumento destacado de ella, la práctica generalizada del

<sup>35</sup> Evidentemente la gran pregunta es: ¿y de dónde salen esas cifras tan concretas? No proceden ciertamente de un estudio macroeconómico, habida cuenta de que la macroeconomía, aunque los economistas no lo acepten, se basa en valores como todas las actividades humanas. El ‘gasto social’ –un engañoso tema de los últimos programas de desarrollo– está basado en un valor social como lo es también el gasto en armamento y en ejércitos o en guerra, variables que no por depender de valores son menos importantes en las proyecciones macroeconómicas de los países. Ahora bien, de manera burda: 250.000 dólares es un capital que corresponde al precio de un apartamento de estrato alto, un carro último modelo y alguna otra propiedad bien valorada en algún otro sitio de Colombia distinto del de la residencia. Aunque, por supuesto, se trata de una cifra modesta para la minoría de altos ingresos, sabemos que este patrimonio, exiguo como pueda parecer a algunos privilegiados, es con mucho un enorme privilegio relativo de un porcentaje mínimo de la población colombiana. Los 40.000 dólares de ingreso anual como renta de trabajo o por otro concepto corresponde a un salario mensual de 8.500.000 pesos aproximadamente, que sería el máximo salario permitido y que, por supuesto, una vez más es hoy percibido por un número mínimo de compatriotas. Estas cifras se proponen como techos más arriba de los cuales no debería ser posible ir. Aclaración: estos parámetros están pensados para el día de hoy, pero son esencialmente móviles y están sujetos como todo a ajustes históricos necesarios.

<sup>36</sup> Famosa expresión del economista Thorstein Veblen para referirse a la demanda de bienes no para satisfacer necesidades reales sino para presumir de que somos más ricos que los otros.

<sup>37</sup> Una buena fuente para la política y la filosofía de Gandhi es la recopilación de escritos suyos: Mahatma Gandhi, *Non-violent resistance (Satyagraha)*, Nueva York, Dover Publications, 2001.



Puente natural sobre el río Osayacu.



Boicot, la negativa ciudadana a comprar los productos extranjeros –en particular los británicos para el caso de la India–. La revolución del mañana será por fuerza más una revolución cultural –“cultural”, ino china!– en la que recursos como el Boicot serán un arma mucho más poderosa contra la salud del capitalismo que las bombas o los fusiles. Y la razón es simple: el aparato coercitivo de ejercicio de la violencia física de los Estados se está refinando de tal modo que el desbalance de fuerzas bélicas se incrementará cada vez más a favor de los dueños del poder<sup>38</sup>.

En el estadio actual del capitalismo, como se ha observado antes, la automatización de la industria, la superación de la manufactura y la Producción Magra –la *Lean Production*: reducción del tamaño de los establecimientos y de las firmas industriales por el recurso a la subcontratación y el *outsourcing*– son un hecho palpable. El efecto inherente es la desproletarización del mundo. El capitalismo avanza por la ruta del desempleo masivo, siendo esto mucho más claro en los países del Tercer Mundo<sup>39</sup>. Aunque Marx tenga la razón en su crítica a la alienación capitalista, su grito de guerra: “Proletarios de todos los países, uníos” ha perdido, por desgracia, su filo y su eficacia. En un mundo de desempleo con unas tasas de crecimiento poblacional que desbordan toda posibilidad de crecimiento económico compensatorio, con lo que contamos realmente es con un conglomerado de ciudadanos que el capitalismo ve como un potencial de consumidores, sin que se interese mucho –es una de sus nuevas contradicciones– por su poder adquisitivo

o sea por la demanda efectiva de bienes que ellos puedan realizar. El capitalismo pretende resolver con campañas, es decir con acciones de copamiento persuasivo –con *marketing*–, lo que en la base económico-social de la población no puede hacer, simplemente por haberla desmantelado antes.

La cultura –los factores ideológicos, no materiales, no tangibles– cobra cada vez una relevancia mayor. Con la ayuda de la imagen y el texto en la televisión y los otros medios masivos hay una carrera en acción para conducir las mentes hacia el consumo, para dirigir las a una ideología política y cultural funcional al sistema y para desacreditar o eliminar cuanto se le opone. La revolución del futuro es una Revolución Cultural. Una ciudadanía consciente tendrá que confrontar la inconciencia alienada de la inculturación sistémica. Los cerebros informados, conscientes, contra los cerebros “lavados”.

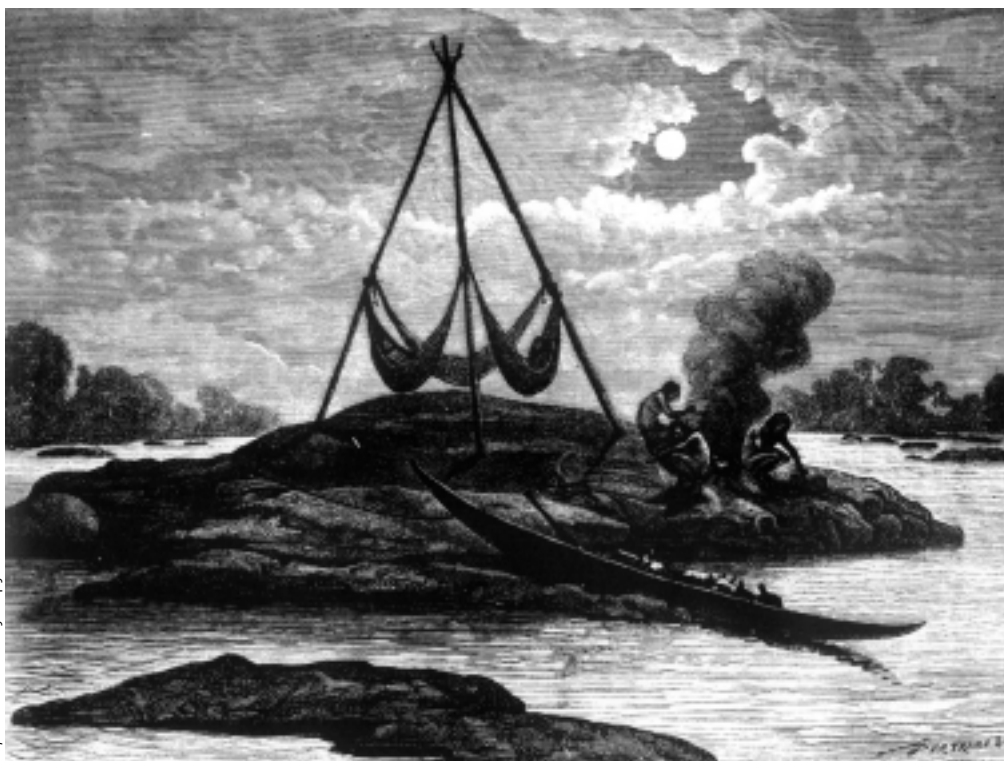
En el marxismo tradicional los conceptos de “pueblo”, ciudadanía, masa y el más reciente<sup>40</sup> de “sociedad civil” recibieron un tratamiento peyorativo a favor del concepto de clase y, en esta, de la clase obrera –del proletariado–. Pero ha cambiado de manos el potencial “revolucionario” de nuestros días. Pasamos de la necesidad de la conciencia de clase a la necesidad apremiante de la conciencia de masa empobrecida. El capitalismo sigue –como lo vio Marx– separando a la humanidad en dos grandes bandos: el de los ricos, los dueños del poder y de los medios de producción, por un lado, y, de otro lado, el bando de los pobres, desposeídos, desempleados, marginados y misera-



<sup>38</sup> Esto no desconoce el poder destructivo del terrorismo. Sólo que el terrorismo no es ni será nunca una política que involucre democráticamente a la totalidad de la población ni –para el caso– a la mayoría. El terrorismo sólo involucra por selección irracional a la población como víctima –no única, pero sí inevitable– de la acción política. En el largo plazo una política revolucionaria que tenga al terrorismo como base estructural terminará agotada, no sólo por las víctimas domésticas que produce sino porque la respuesta del enemigo ha probado ser el terrorismo de Estado como en el caso palestino-israelita, por ejemplo.

<sup>39</sup> La expresión Países Menos Desarrollados (LDC en inglés) no debería seguir usándose para aludir al Tercer Mundo o a los países pobres. Es desinformativa y engañosa.

<sup>40</sup> No es que el concepto de “sociedad civil” se haya inventado recientemente. Hegel lo usa como contrapartida de su mitologizada idea de Estado, encarnación terrena y sublime del Espíritu Absoluto. La “sociedad civil” es la esfera “privada” de la Nación, no perteneciente a los cuerpos específicos del Estado como la administración, la burocracia y el ejército. La sociedad civil es el sujeto de la esfera económica, cultural, religiosa y de la política en cuanto vota, aprueba o delibera para elegir o legitimar al cuerpo ejecutivo del Estado.



El palatua de los oyampys.

bles que componen la gran masa de la población en el Tercer Mundo; y que tiende al mismo resultado en el Primer Mundo, aunque con una enorme diferencia de recursos y de velocidades en el proceso. Estaríamos hablando, en términos marxistas, de la emergencia de los desclasados. Un desarrollo, sin duda chocante, que haría levantar la ceja de Marx. El cambio, la revolución, en efecto sólo puede provenir hoy de esta masa cuando sea consciente de las armas que tiene en sus manos: la revolución del anti-consumo, de la defensa de lo autóctono, de la Desobediencia Civil, de la Resistencia Pasiva, del boicot y del formidable recurso a la creatividad para rehacer el mundo y la relación del hombre con la naturaleza bajo estilos nuevos de vida, de pensamiento y de convivencia. Todas estas innovaciones pueden englobarse bajo el concepto comprensivo de Revolución Cultural.

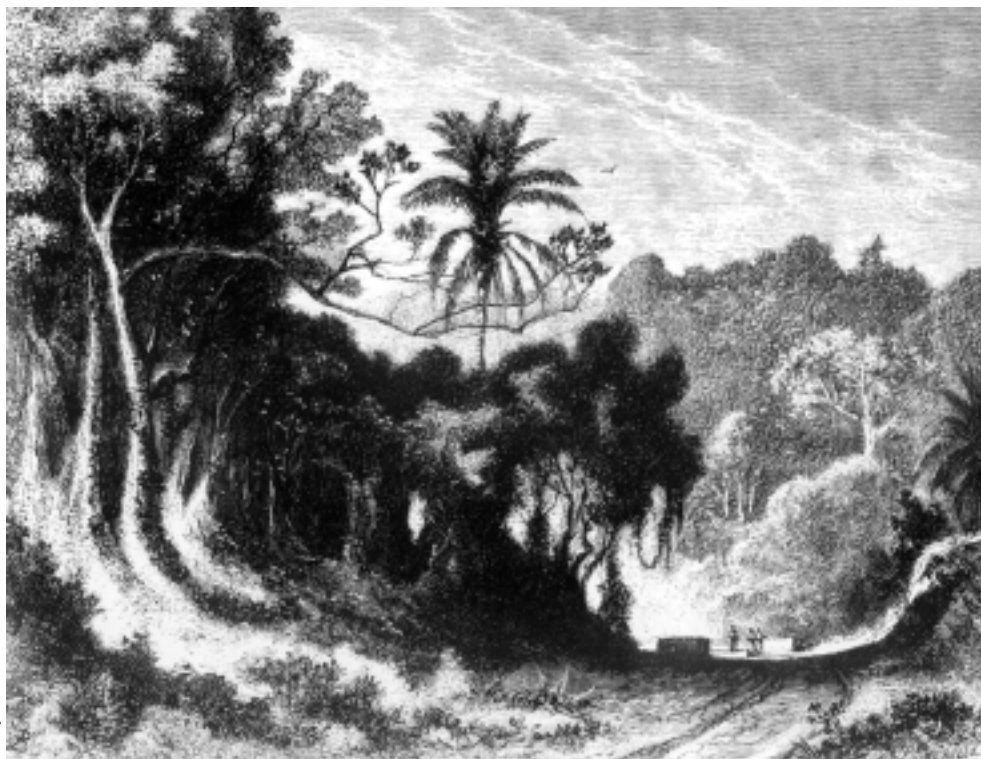
6.

El ritmo de crecimiento de la población colombiana en ciertas regiones dramáticamente pauperizadas como la Costa Atlántica<sup>41</sup> es excesivo. En números absolutos, una población de 50 millones para el año 2015 ó 2020 es por todos los indicios presentes, sin empleo previsible, y a las tasas actuales de descenso de la calidad de vida y del Desarrollo Integral Humano, insostenible. El ritmo de expansión de las grandes ciudades colombianas por muchos factores que no son del caso explicitar, no siendo el menos influyente de ellos el desplazamiento de los campesinos hacia los centros urbanos; concomitantemente con la ima-

gen de una ciudad como Bogotá con una población superior a los 10 millones de habitantes y una Sabana de Bogotá absorbida por el por demás ineficiente despliegue del cemento y el pavimento, es un mal prospecto, por decir lo menos. El problema poblacional entre los pobres marginales, o sea la mayor parte de la población colombiana, merece una consideración especial y un esfuerzo honesto y responsable de racionalización. La reconstrucción del país sobre nuevas bases no puede hacerse de ninguna manera con una población implosionada por su autotrecimiento. La cuestión demográfica –y esto no es neomalthusianismo vulgar sino planeación responsable– debe reconsiderarse y la racionalización antedicha del crecimiento demográfico, como lo hace China<sup>42</sup>, es una necesidad a corto plazo.

7.

La educación y la salud deben ser gratuitas y proveídas por el Estado o la organización solidaria, lejos de la voracidad de la ganancia que es el único motivo que gravita en los entes privados que hoy tienden a acapararla. Cuba, un país pobre latinoamericano, es un buen modelo al respecto. El cultivo de la ciencia para el conocimiento de nuestro ser y de nuestro mundo y el desarrollo de la técnica para el avance evolutivo del hombre en el mundo deben recibir tratamiento político y social prioritario. La ciencia y la técnica son instrumento clave del desarrollo evolutivo social para el avance de la adaptación al medio<sup>43</sup>; de la integración y la inclusión sociales; del proceso de diferenciación evolutiva funcional en todos los campos; junto con el lo-



Paisaje en Punta de Pitre.

<sup>41</sup> “El Observatorio del Caribe acaba de publicar un preocupante estudio sobre la Costa, según el cual allí se concentra el 26 por ciento [la cuarta parte] de los pobres de Colombia. Es la región donde más ha crecido la miseria en los últimos seis años: su población es un 15 por ciento más pobre que la del resto del país”. Periódico *El Tiempo*, editorial, 22-08-04.

<sup>42</sup> Sin ser por ello acusada de malthusiana, ¡que yo sepa!

<sup>43</sup> Aquí recojo, sólo por útil en este punto, la taxonomía funcional elaborada por el sociólogo neoevolutivista Talcott Parsons. Véase T. Parsons, *El sistema de las sociedades modernas*.



8.

gro de las metas personales, grupales, étnicas, regionales, colectivas, en general. El derrocamiento de los valores basados en la producción para la ganancia individual y el poder arbitrario son el paso previo o simultáneo a la implementación de valores real –no ficticiamente– democráticos, humanitarios, igualitarios, sin impedir la expresión adecuada de la individualidad que el capitalismo redujo tristemente –bajo los nombres de competencia o eficiencia– a la explotación de los unos por los otros.

Al destacar la importancia del cultivo de la ciencia y de la técnica conviene observar que esta utopía no está pensada como una alternativa a la Modernidad –esa otra utopía que acentuando los valores de la racionalidad y de la secularidad floreció en Europa desde el Renacimiento hasta el Siglo de las Luces y luego fue asaltada por la “instrumentalización” (Escuela de Frankfurt) y por el *auri sacra fames* [sagrado apetito de oro o de ganancia] (Marx)–. Pero aunque valoramos los ideales esenciales de la Modernidad no compramos el paquete o el “combo” que nos quieren hacer comer con ella. La modernidad que el capitalismo instauró en Colombia desde principios del siglo XX es una “modernidad” espuria, precaria y “agónica”<sup>44</sup>. Esta utopía busca expresamente realizar en Colombia el buen sentido de la Modernidad como proyecto racional y específicamente secular. Así que la Ciencia y la Técnica –una vez más: no para el lucro individual y lejos de los efectos indeseables de un desarrollo perverso como el que tenemos globalmente a la vista– deben ser estimulados por todos los medios posibles. Japón y Europa y los mismos Estados Unidos copiaron en su momento los inventos o avances técnicos de las otras grandes naciones. China lo hace ahora. Se precisa que nosotros hagamos hoy lo mismo y que unamos esfuerzos entre los países del área para realizar inversiones conjuntas y adelantar proyectos científicos y tecnológicos conjuntos, incluidos proyectos para el aprovisionamiento militar de defensa y seguridad nacional, diferentemente entendida a como en la actualidad se la practica.

En consonancia con el ideal de Modernidad, las opciones sexuales y religiosas serán materia de libre elección individual. Pero no creemos que baste con el derecho burgués de libertad de cultos y el más contemporáneo de libre ejercicio de la sexualidad.

Pensamos que las dos opciones deben consistir en acciones y actuaciones estrictamente privadas. Es decir que los proselitismos sexuales o religiosos, la idea de convertir a las masas en seguidoras de una doctrina o de una opción –a través de propagandas o acciones públicas o de *marketing* en cualquier sentido del término– vulnera el derecho de los otros a la práctica serena y personal de su propia opción, incluida la opción de no tener ninguna. Ni las opciones mayoritarias ni las minoritarias del tipo aquí considerado tienen razón para constituirse en cuerpos de poder social, económico ni cultural que les dé primacía o aspiren a ella sobre los otros grupos, prácticas individuales o asociaciones privadas de ninguna clase.

9.

La igualdad como principio guía debe regir efectivamente, y no sólo teóricamente, la vida social –como ya lo establecen, aunque no lo cumplan, todas las constituciones burguesas–. Igualdad, claro debe estar, no significa uniformidad ni falta de respeto a la diferencia. Todos somos iguales, pero todos somos distintos. El principio de igualdad no puede oponerse al llamado “libre ejercicio de la personalidad”, ni debe estorbar la inagotable pulsión humana por mejorar su suerte y el afán válido de superación personal. Debe haber campo y estímulos para que todos progresen, sean mejores y vivan mejor mañana que ayer. Pero la superación individual en una parcela del planeta, en un grupo humano, en una sociedad, en un país no puede desentenderse de la entidad colectiva que nos rodea y a la que debemos todo lo esencial de nuestro ser: sin sociedad no hay individuo<sup>45</sup>, no nacemos hombres sino que nos hacemos hombres. Por tanto hay límites al enriquecimiento económico en un grupo humano: los techos de riqueza de que hemos hablado antes –techos que por lo demás no pueden ser sino parámetros móviles sujetos a perpetua revisión–. No puede haber, en cam-

<sup>44</sup> Véase Carlos Uribe Celis, *La mentalidad del colombiano* (1990).

<sup>45</sup> Una apreciable teoría sociológica bajo este principio es la teoría de George Herbert Mead. Véase su libro: *Espíritu, persona y sociedad*.

bio, “techos” culturales, ni intelectuales ni para la virtud moral o física (el deporte, a este respecto, es tan deseable y digno de estímulo como la ciencia). La igualdad de los géneros en la preservación de su diferencia –inefable, a menudo– es un proceso que tiene el mejor prospecto siendo una de las conquistas del capitalismo, independientemente de los motivos subyacentes del sistema en ese desarrollo (necesidades del mercado, etc.). No hay ninguna tarea que en el futuro sea exclusiva de un sólo género. Salvo, quizá –pero no estamos seguros– el desarrollo del embrión en el embarazo, que finalmente sólo ha ocupado hasta ahora en lo biológico unos meses de la vida de la mujer. El cuidado “maternal” –queremos decir, amoroso, tierno, afectivo, emotivo– de los bebés y de los niños, por ejemplo, será fácilmente una tarea masculina con el tiempo –tan masculina como femenina, valga la aclaración–.

10.

Esta utopía tiene un color y ese color es el verde. La preservación de la naturaleza y la vuelta a ella es una condición de todo lo demás. El capitalismo, el “progreso”, el “dominio –tecnológico-económico y político-militar– del mundo”, el colonialismo y el imperialismo, las supremacías bélicas y todas las demás tienen al planeta y a la vida al borde del colapso. Puesto que el mejor hombre necesita un suelo donde estar y un aire qué respirar –y los pobres de ahora más que ninguno– nada es posible sin una vuelta a lo natural: a los alimentos naturales, a la medicina natural, al placer natural, a la armonía natural, al disfrute de la naturaleza y a la defensa de ella. Algo del libro de Henry David Thoreau: *Walden Pond o La vida en los bosques* debe convertirse en una inspiración, romántico como este llamado pueda sonar. No cabe duda de que lo es, y por fuerza. El retorno a la naturaleza, sin embargo –y para el caso: ninguno de los Pilares de la Nueva Utopía–, no puede pensarse ni asumirse de manera dogmática como si la historia hubiera pasado en vano. Estaríamos así abocados a la comedia<sup>46</sup>. Debemos respetar los principios pero no colapsar con ellos, pues todos los principios son creación humana y no existirían si el hombre no existiera con ellos.

11.

La única manera de resolver el conflicto con la guerrilla anti-sistema es negociando. La única manera de negociar es cediendo. Un elemento clave de la negociación es el territorio. Se debe llegar a un acuerdo de compromisos mutuos con la guerrilla –no derrotada aún por la fuerza de las armas– que incluirá la concesión de una porción del territorio del país –en la región sur– a esa Parte Interesada de la guerra por un número de años, que no se puede imaginar inferior a diez o quince. La población debe ser convocada para que decida honesta y suficientemente informada sobre el pacto de convivencia y de coexistencia. El debate público y la libertad de expresión y de acceso a la población para todas las partes es una necesidad. La guerrilla anti-sistema, como sus opositores intrasistémicos de hoy y todos los agentes representativos deben poder dirigirse a toda la población sin atender a la inaceptable y antidemocrática política del secreto y de la injustificable ‘confidencialidad’. El país necesita parlantes: en el doble sentido de gente que hable y de aparatos que amplifiquen las voces para que todos oigan. Será esa una operación catártica y terapéutica para un síndrome secular de Intolerancia adquirida que ha sumido al país en la desgracia y la postración. Colombia al final del proceso –estamos seguros, porque todos somos colombianos– será Una sola. La catarsis rendirá sus frutos cuando el tiempo y la razón hayan curado las heridas de la hipocresía, la doble moral, la mentira, el engaño y la perversidad, hasta aquí disfrazadas de “civilización”, “conversión”, “moral”, “paz”, “orden”, “desarrollo”, “democracia” y otras cuantas trilladas tergiversaciones ancestrales.

12.

Cualquier utopía –y ésta en particular– sólo puede ser la semilla o el almácigo de una ubérrima cosecha de utopías. Cualquier otra concepción de la utopía –como única, dogmática, totalitaria y eterna– es un asalto a la razón de la Utopía que no podemos aceptar.

<sup>46</sup> Aludo al aserto de Marx sobre la repetición de la historia como comedia.